

El estado de la señora de Scudemor inspiraba cada día más cuidado.... Parecía que un mal desconocido la iba desgastando, y que la vida iba á abandonarla. El torrente mostraba ya el fondo de su lecho: ¿cuánto tiempo sería necesario para que se secase por completo? Cuando se miraba su rostro lívido, en que los ojos, en los mil rayos que en ellos se apagaban, no habían conservado más que una chispa negra y brillante en medio de su pupila, era fácil notar que una huella que no era la de la vejez, una mano no menos inexorable, un trabajo más rápido que el del tiempo, causaba aquellos estragos.

La muerte, que la había invadido, afección por afección, tan rápidamente, que la había dejado viva en lo físico después de haber muerto lo moral, llegaría á poner el cuerpo al mismo nivel del alma. No se quejaba nunca, ni siquiera se veía el menor cansancio en su frente, y Camila y Allán no podían ocuparse más que de sí mismos, porque estaban llenos de pre-

ocupaciones, tanto más exclusivas cuanto más dolorosas eran. Cuando la vida íntima es dulce y buena, nos concentra; pero cuando la confianza está falseada, perdida, se hace bastante con vivir; cada detalle, cada dolor, por pequeño que sea, se acrece de tal manera, que ciega la razón y no permite ver más allá.

Pero si ambos jóvenes en sus preocupaciones personales no advertían el abatimiento de la Condesa, ésta, por su parte, no tenía los mismos motivos que ellos para no ver las tristezas de su hija, más fácilmente que había visto su felicidad. ¡Desgraciada mujer, á quien sólo el dolor podía advertir, porque estaba acostumbrada á encontrar siempre juntos el sufrimiento y la pasión! ¡Desdichada mujer, que había sido derrotada, á pesar de su gran inteligencia, por el aspecto de una felicidad que no conocía!

Camila, en efecto, estaba triste; no tenía ya aquel aire serio con que en otro tiempo había ocultado sus dolores primeros, y no había posibilidad de equivocarse: era verdadera tristeza lo que dejaba ver. El dolor la minaba, su salud misma se resentía, efecto de la reacción del alma sobre el cuerpo. Las confianzas efímeras se desvanecían, y sin disminuir nunca, sino aumentando, por el contrario, una desconfianza feroz las reemplazaba.

Como Allán se mostraba con una conducta desigual para con ella; como después de haberla dejado sola por espacio de muchas horas volvía precipitado á su lado, y permanecía allí mudo y sombrío, estas alternativas habían empezado por hacerla llorar mucho, y concluían por renovar sus celos.... dando cada día lugar á una nueva sospecha y á una escena de violencias.

Pero amaba demasiado para ser orgullosa; se sentía capaz de todas las bajezas, porque su amor llegaba hasta ser rastrero; amaba con el abandono de todo otro sentimiento que no fuera su amor; así es que perseguía á Allán con sus dolores, y le fatigaba con una repetición eterna é invariable, que se reanudaba en cuanto acababa de ser interrumpida.

Allán comenzó por secar sus lágrimas bebiéndolas; pero como el manantial no se agotaba, acabó por encontrarlas muy amargas, y llegó á desecharlas algunas veces de sus labios con palabras llenas de acritud y de injusticia, que eran un veneno derramado sobre la herida abierta, el peor método que podía seguir para curar un alma herida profundamente.

Ahora bien: hay palabras que constituyen hechos irrevocables, y para las que no hay perdón ni redención, porque después de dichas, después de haberlas oído, no es posible

olvidarlas.... Puede venir la reconciliación; vuelven á encontrarse las sonrisas y las caricias que salen de lo más íntimo del corazón; pero las palabras pronunciadas en un momento de arrebató, resuenan siempre en el fondo del pecho. Frecuentemente sucede que, creyendo oirlas entre sueños, se despierta uno sobresaltado, viendo entonces que tampoco duerme la persona de quien se duda, sino que piensa en lo mismo que motivó el despertar. Queda aún bastante cariño para afirmar que se ama á cada momento, pero esta palabra ha perdido la significación embriagadora que antes tenía.

Así, después de haber sufrido en la soledad de sus almas por el sentimiento que se profesaban el uno al otro, ambos se hacían desgraciados por ese sentimiento mismo; egoistas para quienes la intimidad era la piedra en que aguzaban las armas con que debían herirse á los pocos momentos.

Camila irritaba tanto más á Allán, cuanto que cada palabra que pronunciaba para apagar sus desconfianzas y sus celos, le hacía más culpable y más vil á sus propios ojos; y él sabía lo que es estar celoso del pasado, porque lo había experimentado, pero no bastante tiempo para compadecer aquel sufrimiento en otro, sobre todo cuando este sentimiento no se padece en silencio, sino que se muestra exi-

gente con el despotismo del amor que se cree ofendido.

Para aquel poeta de sentimiento, los celos no tenían ya pintorescas cóleras, y las lágrimas que Camila derramaba no eran más que llantos absurdos, como si todos no lo fueran. No concedía ni aun el interés de la piedad producida por el espectáculo de aquella juventud espléndida que se marchitaba en las lágrimas. Aquella imaginación de soñador que había hecho la conquista del mundo, no podía conmoverse ante semejantes dolores.

Y, sin embargo, la amaba: se hubiera sacrificado voluntariamente por ella, y todo lo que tenía de más querido se lo hubiera sacrificado si lo que más amaba no hubiese sido ella misma; pero la amaba como amamos todos, según las condiciones de su organización y de su pensamiento; mas no pudiendo, á pesar de su inmenso cariño, dejar de juzgarla, y como para los hombres semejantes á Allán que matizan la realidad con las concepciones de su espíritu, todas las mujeres palidecen en las comparaciones solitarias que hacen incesantemente estas inteligencias sobrado ambiciosas, la hallaba inferior á lo que se había imaginado.

Sin embargo, no se puede dudar que Camila tenía derecho fundado para quejarse de Allán. Ella, que en los primeros momentos del

descubrimiento de su amor le había dicho: «¡Amémonos; vivamos como vivimos ahora, que siempre tendremos la seguridad de casarnos cuando queramos! ¡Somos tan felices en el misterio de nuestro amor!»; mas ahora tenía prisa, y no la satisfacía el misterio. Quería ser feliz á la luz del día: el lazo del matrimonio le parecía el único indisoluble, y deseaba que Allán la pidiese á su madre, para lo que le importunaba continuamente.

El joven se encontraba con el abrumador embarazo de sus relaciones anteriores con la Condesa, y al sufrir las apremiantes instancias cada vez más insistentes de Camila, respondía con pretextos fútiles, demostrando tanta indiferencia, que la joven no acertaba á comprender su conducta. Para sustraerse á aquella persecución de súplicas, no sabía Allán qué recurso buscar, encontrando sólo el de las almas débiles que huyen siempre delante del peligro, sin advertir que este es inevitable: lo dejaba todo para mañana.

Pero tal indiferencia parecía confirmar las sospechas de Camila, sin que pudieran desvanecerlas las negativas más formales y mejor sostenidas; llegando á ser la situación de su amado tan cruel, que cuando se hallaba solo con la exigente joven, aunque no se le ocultara la razón que la asistía para mostrarse de

aquel modo, sólo deseaba que la señora de Scudemor llegara á interponerse entre ellos para librarse de aquel suplicio.

Pero hasta los acontecimientos le eran contrarios. La Condesa no salía de su habitación más que hacia el mediodía; y como seguía rehusando los cuidados de su hija, la mitad del día lo pasaba Camila en el salón ó en el jardín, sola ó acompañada de Allán, sin que los criados del castillo se admirasen de la intimidad entre los dos jóvenes, pues siempre los habían visto vivir juntos, y entre ellos nada se veía que hiciera pensar que no eran hermano y hermana.

Una mañana que Allán descendía al salón, esperando que, dado lo temprano de la hora, no se hubiera levantado Camila, pudiendo, por lo tanto, salir solo para ir á correr por los campos, la encontró sentada en el hueco del balcón, donde tenía costumbre de ponerse á trabajar. Una brisa matinal y una luz rosada y pálida penetraba por aquel hueco abierto, formando como una aureola en aquel rostro marchito, que tenía casi el color de hoja muerta de la tapicería del salón, y que aún hacía más manifiestos, al resplandor de aquella luz de la mañana, los desórdenes de una noche agitada, así como los ojos hinchados por el insomnio. El joven al verla se quedó cortado.

—No me creías aquí, ¿verdad?—le preguntó sin levantarse.

Acercóse él con lentitud, y le dió un beso en la frente.

—¿Es ese el beso de llegada ó el de despedida? (le preguntó con amargura.) Vamos, dámele pronto, y márchate. ¿No es eso lo que deseas?

—¡Qué injusta eres, Camila! (respondió con tristeza.) ¿Por qué crees que trato de huir de ti?

—No, no lo creo (dijo Camila, acompañando sus amargas palabras con una sonrisa más amarga todavía): estoy segura de ello. Te atormento, te canso, te fastidio, estás hastiado de mí. ¡Niégalo si te atreves! ¡Bah! No lo sabrás tú mismo; querrás hacerte la ilusión de lo contrario; pero yo no puedo dudar ya de la desgracia de mi vida. No creas que te lo echo en cara: no es culpa tuya, pero ya no me amas.

—¡Que no te amo ya, Camila! (replicó Allán, sentándose á su lado.) Dime: ¿es que perturbaban siempre tu razón esas desconfianzas insensatas? ¿No te cansarás nunca de ser injusta? No quiero hablarte de mi vida que destrozas, ni de mi amor que ofendes; pero ¿acaso tendrás nunca lástima de ti misma? ¿Te he de ver siempre procurándote males crueles é irre-

parables? ¡Que no te amo! ¿Cómo quieres no ser amada? ¿No eres mi Camila, mi hermana, mi prometida, mi mujer? ¡Ah! ¡Mírame, niña cruel, y repíteme que estás segura de que yo no te amo!

Ella le miró: había tanto amor en sus ojos, demostraba tal enternecimiento al verla pálida y tan terriblemente desmejorada por las lágrimas arrancadas y que á duras penas contenía, que, al verla, olvidó los sarcasmos.

—¡Oh! Si me amas, ¿por qué me haces tan desgraciada?—replicó con un tono de reproche, en que ya se dejaba ver algo de dulzura.

Palabra trivial que dicen todas; grito universal que todas arrojan impulsadas por su afán de felicidad. ¡Ay! ¿Por qué Allán no podía dirigirla la misma pregunta?...

—Camila mía (le respondió): no soy yo el que te hace desgraciada.... eres tú misma....

Y no se atrevía á insistir en esta mentira que le aterraba.

—Ya conoces mi carácter sombrío (continuó); sabes que mi imaginación ha visto siempre triste el porvenir, haciéndome dudar del presente; ¿por qué me reprochas el que huya de ti, cuando trato de ocultarte mis tristezas, á ti, bella niña, que has llegado á ser desconfiada y cruel, como si con mis besos yo te hubiese contagiado la terrible enfermedad que

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO REYES"  
Aprob. 1925 MONTERREY, MEXICO

siempre he venido sufriendo? En otro tiempo no convertías en arma contra mí los esfuerzos que hacía para preservarte de ese hálito pestífero y corrompido, y me decías: «Es misión de tu Camila el curarte de esas desconfianzas.» Me habías aceptado tal como era, veías amor hasta en lo que hoy consideras como indiferencia.... Me he engañado, y te he arrastrado en mi destino, haciéndote semejante á mí, destruyendo tu felicidad, y arrebatándote todas las facultades para ser dichosa. Hubiera debido huir, dejándome marchar á morir de amor lejos de ti; pero tú misma me has detenido, diciéndome: «Quédate, hermano mío; yo te amaré lo bastante para hacerte olvidar las penas,» y me he quedado; no oyendo más, sin escuchar otra cosa que esta embriagadora promesa y ahogando todos mis dolores en el amor que me habías prometido.... ¿Por qué eres ahora menos generosa, Camila mía?... ¿Por qué acusas á mi amor, cuando no soy culpable más que de amarte demasiado?....

Ella le escuchaba anegada en llanto, y sonriendo al mismo tiempo. Habíala pasado una mano por la cintura y la estrechaba contra su corazón.

—¡Oh! Prométeme (le decía con efusión), prométeme que no volverás á cometer esas absurdas injusticias que tanto nos hacen sufrir

á los dos: ¡prométeme que no marchitarás tu rostro adorado con tus lágrimas; prométeme que no dudarás otra vez del que tanto te idolatra! ¡Júramelo por nuestro amor!

—Te juraré todo lo que quieras (respondió): te creeré, Allán mío, y no me creeré á mí misma jamás; pero prométeme á tu vez no mentirme en adelante, no volver á mostrarte contrariado en presencia de tu amada. Si eres sombrío, si estás afligido, si te muestras raro, hasta injusto, ¡eh, amigo mío!, te suplico que no trates de ocultarlo. Yo no puedo vivir sin tenerte siempre á mi lado, y cuando no hablas, cuando no me miras, me parece, Allán, que no estás, que te has separado de mí.

—Sí, Camila mía (replicó): sí, serás obedecida, mi reina adorada. Multiplica tus exigencias; yo las consideraré como pruebas de amor.

De este modo se encontró dominado por ella después de haberla dominado.

—Pues bien (dijo ella, después de una pausa empleada en sellar la paz en los labios de su amante): pídemelo hoy mismo á mi madre.

Por más que hacía, no se libraba Allán de aquella terrible exigencia. Una cólera, más injusta que la que él había calificado de aquella manera en Camila, se apoderó de él; pero tuvo bastante fuerza para contenerla.

—¡Te callas! (exclamó). ¡Dices que me amas, y permaneces en silencio! ¡Oh, Allán! No te comprendo. Sólo tienes que decir una palabra para que mañana sea tu mujer, y no puedo arrancártela. ¡Y tú me amas! ¡Debajo de todo eso hay una cosa que me confunde y me tortura!

Y, en verdad, aquella lógica era irresistible; no había nada que responder, ó era preciso confesarlo todo.

—¡Ah! Sí, te pediré á tu madre (dijo Allán, con una debilidad insidiosa); ¿pero serás más dichosa que lo eres ahora? ¿Qué arriesgamos con esperar, amor mío?...

—Y nuestro hijo, ¿esperará también? — dijo en voz baja.

Al oír estas palabras, tornóse densamente pálido.

La joven observó esta palidez lívida en el rostro de su amado, y después siguió hablando con tono sombrío:

—Escúchame, Allán: es menester que hoy mismo se lo confieses todo á mi madre: no esperaré ni un día más. Ayer, cuando estaba á su lado, sola con ella, me interrogó sobre la causa de mi tristeza, acerca de la alteración de mis facciones, con una mirada que me hizo estremecer. No sé lo que respondí, porque estaba excesivamente turbada, y me pareció que

sus ojos se fijaban con insistencia en mi cintura. ¡Por Dios, amigo mío, acabemos con este suplicio! Mi madre nos perdonará lo que hemos hecho, y todos seremos felices. Tal vez hayamos dejado de serlo porque le hemos ocultado lo mucho que nos amamos. ¿Te ríes?... Desde que sufro me he hecho supersticiosa. Ten piedad de mí, y ve á buscar á mi madre.

—Niña (insistió Allán): tu madre está enferma; ¿no temes que tal revelación pueda hacerla daño?

—¡Ah! ¿Ves cómo procuras por ella? (interrumpió Camila con violencia.) ¿Y yo, Allán, no sufro también? ¿Ó es que me amas menos que á mi madre, y en el caso que te veas precisado á inmolar á una de las dos, seré yo la sacrificada?

Su acción de mujer ofendida tenía tal vehemencia é imponía de tal modo al joven, que, á pesar de ser naturalmente elocuente, no sabía qué responder á aquella joven que le dominaba con el ascendiente de una situación verdadera y apasionada.

—¡Pero te has empeñado en que yo crea que no me amas! (gritó desesperadamente.) ¡Ah! Te lo ruego de rodillas; ¡ve á buscar á mi madre, y refiéreselo todo! No me levantaré de tus pies hasta que me lo prometas, Allán.

Ahora mismo me decías que yo era tu mujer; pero bien demuestras que no quieres que llegue á serlo. Pues bien; dime la verdad; dime que no me amas; será mejor; pero no me dejes en esa cruel incertidumbre. ¡Mátame antes!

Y llena de una agonía extrema, escondía su cabeza entre las rodillas del joven, que estrechaba con frenesí.

Únicamente los que hayan visto á una mujer amada prosternarse á sus piés, podrán comprender lo que experimentó Allán en aquel trance, viendo á Camila de rodillas en la alfombra. ¡Cobarde prostitución de la inocencia y del dolor, lágrimas terribles, cuya huella se conserva eternamente como un fango incorruptible que enloda todos los senderos de la vida!

Allán levantó del suelo á Camila á la fuerza, y la hizo sentar en el sofá.

—¡Loca, que daño me haces!—le dijo.

Pero ella no comprendió el tono desgarrador de aquellas palabras, viendo en ellas sólo una piedad que la exasperó en alto grado. Las lágrimas se secaron en su rostro como gotas de agua que cayeran en una plancha de hierro ardiendo, y sus labios temblaron de cólera; toda la sangre se le subió á la cabeza, tomando sus facciones un tinte morado, é hinchándose sus venas y arterias hasta el extremo de que parecían estallar.

—¡No irás! ¡No irás! (repitió muchas veces con un verdadero frenesí.) ¡Eres un cobarde, y tus juramentos de amor no son sino otras tantas perfidias! ¡Tú has amado á mi madre, ó tal vez se lo has hecho creer como á mí! Acaso la amas todavía, y por eso no te atreves á pedirla su hija, porque has vendido á las dos!

Allán quiso abrazarla; pero ella se resistió ferozmente.

—¡No te acerques! (le gritó con horror.) ¡Tienes lástima de mi madre, de esa criatura hipócrita y helada! ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Tú la has amado! ¡Oh, cómo la aborrezco ahora! ¡Te digo que me dejes, querido de mi madre!—gritó con rabia cada vez más intensa, arrancándose de sus brazos.

En toda su vida Allán había sufrido tanto; las exclamaciones de Camila le produjeron un dolor indecible; y al oírse llamar pérfido por la mujer que tanto amaba, tuvo un momento de cólera furiosa. Su mirada brillaba con tal fuerza en aquel momento, que hubiera hecho retroceder á un tigre.

—Te juro, Camila (le dijo con la voz trémula y entrecortada, que indica una cólera tanto mayor cuanto más reprimida): te juro, por el hijo que tienes en tu seno, que estrello mi cabeza contra el mármol de esa chimenea, si no me escuchas...



La cólera es como la vara de Aarón cuando se transformó en serpiente, que devora todo cuanto encuentra á su alcance.

Camila, domada por aquella terrible explosión, enmudeció.

—¡Te juro (continuó Allán) que no amo á tu madre, sino á ti sola! ¿Oyes, Camila? ¡Á ti sola! ¡Sólo á ti!

La joven bajó la cabeza, como si reflexionara; después, levantándola repentinamente:

—¡Voy á saberlo!— dijo con voz breve, muy parecida á un silbido.

Y se levantó para salir.

—¿Dónde vas?—le preguntó Allán.

—¡Al cuarto de mi madre!

—¿Qué vas á hacer, insensata?

Y quiso retenerla, pero ella se resistió.

—¡Voy á saberlo todo y á confesarlo todo!— dijo ya desde la puerta.

Y salió de la habitación, dejando á Allán petrificado.

## XII.

Cuando Camila se dirigió á la cámara de su madre se hallaba presa de tal agitación, á consecuencia de la escena que acababa de tener lugar entre ella y Allán, que no experimentó la timidez que sentía siempre en presencia de la Condesa: una fiebre violenta se había apoderado de su alma, una fiebre de celos y de curiosidad, que la arrastraba irresistiblemente. No era ya la niña que el joven encontrara poco antes doblegada por el insomnio y las lágrimas, y que se había arrastrado convulsivamente á sus piés: era una mujer herida en el alma, que salía al encuentro de su destino con el miedo y la prisa que el mismo destino inspira siempre. Su respiración apenas se percibía; y al ver la inmovilidad en que quedó, se hubiera creído que se había suspendido la vida en ella. Únicamente verificaba sus movimientos todos con una rapidez extraordinaria.

Cuando preguntó por la Condesa á una de

las doncellas que se hallaba al servicio de su madre, su acento era breve y seco como el de un desgraciado que ha llegado al último extremo, y desea concluir con la duda que le atormenta.

La doncella le respondió que la señora acababa de entrar en su tocador, y que no tardaría en salir; pero Camila, que conocía la imposibilidad de esperar un segundo más en el estado en que se hallaba, se precipitó en la pieza señalada.

Estaba la Condesa ocupada en esos cuidados misteriosos de tocador, impuestos á la mujer por su organización. Sorprendióse al ver á Camila entrar en su cuarto á aquella hora, y aunque sabía muy bien que nadie más que su hija se atrevería á entrar donde ella se encontraba, el movimiento que hizo para cubrirse con su peinador, revelaba espanto más que otra cosa; en la señora de Scudemor, que jamás abandonaba su lentitud de patricia, aquel movimiento era mucho más notable.

Pero Camila se hallaba en aquel momento dominada por sentimientos demasiado tumultuosos para advertir en su madre un gesto que parecía de turbación.

—¡ Madre mía (dijo atrevidamente), vengo á deciros el secreto de mi vida! ¡ No le habéis comprendido, ni me lo habéis preguntado; pe-

ro es menester que yo os lo confíe; es indispensable que lo sepáis!

Su voz temblaba, pero nada en ella indicaba la menor ternura: se conocía que temblaba de cólera, de ansiedad, de odio, de todos los sentimientos contenidos en su pecho, cuyas pasiones estaban próximas á desbordarse.

La señora de Scudemor se encontraba sentada en un ancho sillón de cuero negro; miró á su hija de pié delante de ella, y cuyos ojos, tan secos entonces como los suyos, tenían una expresión terrible de cólera y de rencor. Diríase que la sangre, que parecía haber huído de las venas de la madre, se había refugiado en las mejillas de la hija, cuyas facciones ofrecían dos manchas de bermellón acre y ardiente, como se ven algunas veces en los enfermos presa del delirio.

Para el que hubiera conocido el pasado de las dos, hubiera sido un espectáculo curioso el ver á estas dos mujeres una enfrente de otra.

Un rayo de sol que entraba por la ventana daba de lleno en el rostro de la Condesa, sin prestarle animación ninguna. Recogió sobre su seno los pliegues de su abrigo, y pasando la mano por su frente marchita:

—Lo adivino todo (dijo en voz baja y lenta): amas á Allán.

—Sí, le amo (replicó la celosa niña con,

acento de orgullo, y como desafiando á su rival). Sí, le amo, y hace ya mucho tiempo. ¿No habéis advertido, madre mía, que estaba loca por él, que no vivía más que de su vida, y que á cada momento me embriagaba en su contemplación? ¿Pero no habéis visto nada, absolutamente nada, madre mía? Vuestro instinto maternal (añadió con una ironía feroz), ¿no os ha advertido de la pasión de vuestra hija? ¿Estaba á vuestro lado, y no habéis sospechado que le amaba? ¿Y hasta hoy no habéis podido leerlo en mis ojos, y conocerlo en mis palabras?...

Al oír esto, la señora de Scudemor bajó la cabeza. Había en el insolente lenguaje de su hija un insulto insoportable. ¿Conocía aquella madre que, habiéndose equivocado, recibía el castigo? ¿Qué si hubiese amado más á su hija hubiera sido más previsora? ¡Era la primera vez que una hija culpable por el sentimiento que proclamaba con tanta audacia, olvidada de las conveniencias de su sexo, no vertía lágrimas al hacer una confesión tan sin decoro, irrespetuosa, y sin mostrar aprensión por el dolor que iba á causar á su madre!.... ¿Pero podría asegurarse que en su odio se ocupaba del parentesco? Para Camila no era otra cosa sino una rival á quien quería desenmascarar y castigar.

—¿Y no habéis visto más? (prosiguió con tono cada vez más exaltado, radiante por el efecto que creía haber producido, y sintiendo renovar sus celos al ver el abatimiento de su madre.) ¿Y no habéis visto también que él me amaba? ¿Y que yo era dichosa? ¿Y que la felicidad de ser amada era lo que cambiaba mi voz y arrasaba mis ojos de lágrimas, haciéndome languidecer al punto de no poder sostenerme? ¿No habéis visto ni una sola vez cómo me miraba mi Allán? Porque era imposible que si hubieseis sorprendido su mirada no lo hubierais advertido. ¿Pero dónde teníais los ojos, madre mía?... No haber descubierto jamás una sola caricia demasiado prontamente suspendida cuando os acercabais y, sin embargo nos las hemos prodigado por bastante tiempo, para dar lugar á que hubieseis notado algo!....

La señora de Scudemor guardaba silencio. ¿Era que se ruborizaba interiormente por el descoco de su hija? No; sabía muy bien que la pasión tiene violencias que los hombres han calificado de impudores, y aceptaba tal como era aquella pasión fatal y que tanto conocía.

Camila, equivocándose acerca de la causa de aquel silencio, se entregaba al placer de haber logrado humillarla, según creía.

Detrás de la señora de Scudemor había un

espejo; y fijando la joven sus ojos en él, vió reflejarse su belleza, á la que la pasión parecía poner una aureola de fuego y una corona refulgente, al mismo tiempo que la figura helada y severa de su madre, aquel rostro marchito por la enfermedad y por el tiempo. Aquel espectáculo excitó en ella una sonrisa de venganza satisfecha, que se mezclaba á las terribles confesiones que acababa de hacer, porque se veía más bella y se sentía más fuerte.

Esta idea llevó su excitación al más alto grado, y con la villanía del triunfador que pone el pié sobre el cuello de su enemigo abatido, con esa palabra que se clava como un puñal, con los ojos chispeantes como el cráter de un volcán encendido, puso una mano sobre el hombro de su madre, apretándole hasta hacerle daño, y gritándola:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Mírame! ¡No ves que estoy encinta! ¿Dudas todavía de que él me haya amado?

Entonces la Condesa levantó su noble cabeza; permanecía siempre impasible, pues el único sentimiento que en su alma existía no tenía fuerza suficiente para conmover aquel rostro inmóvil y helado. Tomó lentamente la mano de su hija, y atrayéndola hacia sí con una dulzura llena de fuerza irresistible:

—¡Cuánto le amas, pobre hija mía! (le dijo

con aquella piedad que guardaba en el fondo de su alma para todos los dolores.) ¡Cuánto debes amarle, para hablar así á tu madre!...

—¿Y vos?... (respondió Camila, quedándose pálida de esperanza y de alegría.) Y vos.... ¿no le amáis también?...

—¡Ah! ¡Cuánto te extravía tu amor, hija mía!—replicó la señora de Scudemor.

En aquel momento cayó Camila de rodillas á sus piés.

Estaba vencida; pero era dichosa. La naturaleza humana apenas puede soportar tan terribles emociones. La Condesa procuró levantarla; pero ella se opuso, abrazándola las rodillas.

—¡Déjame aquí; déjame á tus piés, madre mía, y perdóname que te haya hablado de semejante modo! ¡Estaba loca de dolor! ¡Perdóname! ¡Ah! ¡Si tú supieses qué tormento tan horrible son los celos!...

Y regaba con sus lágrimas las manos de su madre, que le respondió con la sonrisa helada, que jamás desaparecía de sus labios:

—¿Crees que no lo sé?

Una hora después todavía estaba Camila sentada en el sofá con su madre. Aliviada por el llanto vertido, le contaba todos los detalles de su amor por Allán.... Aquella joven á quien la frialdad de su madre la había separado de

ella, se encontraba, sin saber cómo, llena de confianza. Desde que no la dominaba la cólera, había vuelto á encontrar todos los pudores olvidados, todos los rubores perdidos. El alcance del paso que acababa de dar y que entonces empezaba á conocer, la cubría de confusión, y con los ojos bajos, exhalando de su seno suspiros entrecortados, parecía la estatua del pudor ultrajado.

—Hija mía (le decía la señora de Scudemor), no te pido cuenta de tus combates y de tus derrotas. ¡Libreme el cielo de ser severa contigo porque el amor te tenga arrastrada, cuando soy yo más culpable que tú! ¿No era mi deber haber vigilado á los dos? ¿No me he dejado engañar por esa amistad de la infancia, que ocultaba el peligro del amor? ¿No debía yo garantizarte, ó, al menos, fortificarte contra tu propio corazón, pobre hija mía? No lo he hecho, y mis faltas son mayores que las tuyas; tú eres la que tienes que perdonarme.

Y aquella madre decía todo eso sin lágrimas, sin expansión y sin caricias, pero con una tristeza tan lúgubre, que al escucharla, el corazón de Camila se conmovió....

—Da gracias á Dios, querida hija mía (continuó la Condesa acariciando á su hija con una ternura inusitada en ella); da gracias á Dios de que la falta que Él perdona, pero que los

hombres no olvidan jamás, pueda ocultarse á los ojos de éstos. Dentro de pocos días serás la señora de Cynthry, y yo doy gracias á tus celos, que han servido para advertirme á tiempo todavía. Eres muy joven aún, hija mía, y no has de tener siempre una madre vieja y separada del mundo. Tú debes vivir en él como yo he vivido, y es muy suficiente el destino que los hombres nos han creado para que nos pongamos también á merced suya por las debilidades del corazón.

Cuando oyó estas palabras, no quedó á Camila la menor duda de que su madre había sido muy desgraciada. Vuelta á la confianza por la dulzura con que tan generosamente había respondido á su ofensa, Camila entró en deseos de conocer mejor el alma de su madre, que había calumniado con tanta frecuencia; pero no se atrevió á aventurar ninguna pregunta, ni manifestó deseo de saber cosa alguna, dominando su simpatía como un enternecimiento momentáneo.

Las costumbres de toda su vida se interponían entre aquellas dos mujeres como un obstáculo insuperable; y ya se sabe lo que es el poder de la costumbre para dominarle repentinamente.

Si Camila había llorado á los piés de su madre, era porque se reprochaba la injusticia

cruel que con ella cometía; era por la felicidad de encontrarse sin ser la rival que había creído, que había inundado su alma de una alegría y de un reconocimiento indecibles; no era por la bondad con que había sido acogida por Iseult. Por lo demás, por tierna que hubiera sido la escena, no era suficiente para despertar una afección que nunca había existido entre la madre y la hija: ¡era ya demasiado tarde!

## XIII.

Al separarse de su madre, Camila volvió á buscar á Allán, que estaba devorado por la vergüenza y la inquietud, pensando en lo que iba á suceder; y como todos los temores habían desaparecido del alma de la joven, le pidió perdón por sus desconfianzas, como se lo había pedido á su madre por la violencia de sus sospechas y la brutalidad de sus confesiones. Tal es el corazón humano. Humillarse cuesta poco cuando se han reportado beneficios de la ofensa; pero si el agravio hubiese sido estéril, ó si hubiera conducido al descubrimiento de lo que se temía, la generosidad del arrepentimiento no hubiera tenido lugar, ó se hubieran infligido imperturbablemente todos los castigos posibles.

—Por tanto, seré tu mujer (decía Camila): mi madre me lo ha prometido, y nuestra vida volverá á ser tan dichosa como antes.

¡Ilusión pasajera! ¡Restos de una fe perdida en muy pocos días, y con la cual no se vuelve